

Platone scribente, cum populo est submersa, que Africam et Europam sua magnitudine vicit, ubi nunc est concretum mare.

Lo que Platon comienza en el *Timeo* á las cuatro planas á decir della, loando á los atenienses que con ella tuvieron guerras, es lo siguiente: *Multa quidem et mirabilia vestra civitatis opera in monumentis nostris leguntur; sed unum magnitudine et virtute præcipuum facinus. Traditur nam vestra civitas resistisse olim innumeris hostium copiis, que ex Atlantico mare profectæ prope jam cunctam Europam Asiamque obsederant. Tunc non erat frætrum illud navigabile, habens in ore et quasi vestibulo ejus insulam, quam Herculis columnas cognominatis; ferturque insula illa Libia simul et Asia major fuisse, per quam ad alias proximas insulas patebat aditus, atque ex insulis ad omnem continentem, et conspectu jacentem vtro mari vicinam. Sed intra hos ipsum portus angusto sinu fuisse traditur. Pelagus illud verum mare, terra quoque illa vere erat continens. In hac Atlantide insula maxima et admirabilis potentia extitit regum, qui toti insule illi multique aliis et maxime terre continentis parti, præterea et his que penes nos sunt, dominabantur. Horum vis omnis una collecta nostram, o Solo, vestramque regionem et quod intra columnas Herculis continebatur invasit. Tunc vestra civitatis virtus in omnes gentes enituit. Et parum infra: Post hæc ingenti terræmotu jugique diei unius et noctis illuvione factum est ut terra dehiscens vestros illos omnes bellicosos homines obsorberet, et Atlantis insula sub vasto gurgite mergeretur. Quam ob causam innavigabile pelagus illud propter absor (sic) insule limum relictum fuit, etc. No lo vuelvo esto en romance porque ya está dicho quasi todo en sustancia. En el diálogo siguiente, que llamó Cricias ó Atlántico, pone muy copiosamente la grandeza de las riquezas, poder y felicidad desta isla, que nunca en el universo jamás se hallaron ni escribieron, ni parece que se pudieron pensar.*

De lo dicho se ve claro que en tiempo de Platon, que fué cuatrocientos veintitres años ántes del advenimiento de nuestro Redentor y Salvador Jesucristo, y así ha pocos ménos de dos mil años, como parece por el dicho Marsilio en el principio de las obras de Platon, el mar Océano, desde el estrecho de Gibraltar, ó quasi á la boca del

de donde comenzaba la dicha isla, no se podía navegar por estar todo anegado; de la manera que agora hallamos algunas islas ó tierras anegadas en estas Indias, que están á las primeras tierras que topamos viniendo acá, y se llaman las *Anegadas*, por las cuales aquel compás no se puede navegar, y ha acaecido perderse allí navíos. Y si la dicha isla era mayor que Asia y Africa, bien podrian ser las dichas *Anegadas* parte della, pues no están sino quasi (1) leguas. No contradice á esto estar las Canarias, que llamaban los antiguos *Fortunadas*, en el camino, porque podria tambien haber sido que las islas de Canaria fuesen parte de la tierra de la misma isla Atlántica, y áun de allí les hubiese venido el nombre de *Fortunadas*, por la felicidad de la tierra; ó que despues de aquella hundida hubiesen criándose ó nacido, como en muchas regiones del mundo muchas islas y ciudades y parte de tierra firme se hayan hundido, y otras en parte anegado y en parte quedado, y en otras lo que era tierra ser agora mar, y en otras lo que era mar es agora tierra, y así donde no las habia hacerse y aparecer, ó súbito ó poco á poco, por diuturnidad de tiempo, algunas islas. Destas mudanzas que ha habido en la mar y en la tierra trata bien Plinio en el lib. II de su *Natural historia* por muchos capítulos, desde el cap. 87 hasta el 97; y así se hizo isla Sicilia, que era tierra firme junta con Italia, y la isla de Chipre, que era toda una con la tierra de Siria, y la isla de Eubea, que agora se llama Negroponte, se cortó de la provincia de Boecia, y otras que allí pone Plinio en el capítulo 90 y lib. IV, cap. 12. En nuestra España hubo tambien lo mismo, que ciertas islas cerca de Cádiz, que se llamaban las islas *Ophrodisias*, donde habia ciudades populosas y grandes edificios, segun cuentan nuestras historias, y Plinio, lib. IV, cap. 32, habla dellas, y de una dice que tenia 200,000 pasos, que son más de 50 leguas de luengo, y 12 ó 15 leguas de ancho, hoy no hay ya memoria dellas.

Pero lo que más admirable cosa es, que segun dice Pedro de Aliaco, en el tratado *De Mapa mundi*, ser opinion antigua que España y Africa por la parte de Mauritania, ó por allí cerca, era todo tierra y se contaba hasta allí España, por manera que no habia estrecho de Gibraltar que llamamos, y que el mar Océano comió por debajo de la tierra, y así se juntó con el mar

1 Está en claro en el original.

Mediterráneo; y desta manera tenemos sospecha que la isla de Cuba se apartó desta Española, cuya punta que se llama cabo de San Nicolás está frontero, leste gieste, de la punta de Maici de la isla de Cuba, y en medio dellas están 18 leguas de mar; lo mismo se presume del postrero cabo y occidental de Cuba, que se llama de San Anton, y del cabo de Ceroche de la tierra de Yucatan, como abajo se tocará. Haberse hecho tambien de mar ó de agua tierra, quiero decir, quedar en seco lo que era todo agua, cuéntalo Plinio en el cap. 87 del lib. II y los siguientes. Allí toca que la mayor parte de Egipto era agua, y otros dicen que despues del Diluvio fué agua todo, porque es una hoya más baja que ninguna de las tierras vecinas (desto hace mencion Sebastian Mustero en el lib. VI de su *Cosmografía*); y Guadalquivir, que hacia dos brazos, perdió el uno, que iba á salir cerca del Puerto de Santa María ó hácia la villa de Rota, y así quedó aquella isla que hacia el rio toda junta con la tierra firme. Ser la dicha isla Atlántica mayor que Asia y Africa, parece no ser cosa difícil de creer, por lo que dice Aristóteles en el tratado *De mundo* que escribió á Alexandre, cap. 1º, donde dice que la frecuente plática de los hombres es haber muchas islas mayores que la tierra firme en que moramos: *Frequens tamen, inquit, hominum sermo est, multas insulas, esse majores continente in quo habitamus*. Deste frecuente hablar y opinion de todos debian de moverse algunos Principes ó Reyes en los siglos pasados á enviar naos y gentes á descubrir á diversas partes, mayormente al Océano.

Necos, Rey de Egipto, envió ciertos marineros de Fenicia, region de Asia, en navíos para que penetrasen al mar Océano, los cuales, salidos por el mar Bermejo, que por otro nombre llamaban Pérsico, otros lo llaman Árabe, otros Eritreo [por una isla que tiene donde está el sepulcro del Rey Eritreo], fueron hácia el Austro y Mediodia, y acostados á la Etiopía saltaron en tierra y sembraron trigo, y despues de cogido tornaron á navegar hasta las columnas de Hércules ó estrecho de Gibraltar, y de aquel camino descubrieron á Africa, la que nunca hasta entónces de las gentes orientales habia sido conocida; los cuales tardaron tres años en aquella navegacion hasta que tornaron á Egipto. Lo mismo hicieron los Cartaginenses, mandando Xerges, Rey dellos, que fuese á descubrir uno que se llamaba Sathaspes; así tambien lo hizo

el Rey Darío, deseoso de saber dónde salia el rio Indo á la mar y qué tierras y gentes habia en Asia y en la India, en el cual viaje gastaron treinta meses: todo esto cuenta Herodoto en su lib. IV. Refiere tambien Solino en su *Polistor*, cap. 56, que Alexandre Magno envió un Capitan que se llamó Onesicritus con una flota para descubrir la isla de la Taprobana, adonde navegando perdieron el norte y nunca vieron las Cabrillas, por manera que muchos de aquellos tiempos, sospecha tenian que hubiese tierras y poblaciones de hombres en el mar Océano, ó á la parte del Oriente, ó del Occidente ó Austral; y la misma razon que se creyese no solo Asia y Africa y Europa ántes que Africa fuese sabida, pero tambien otras muchas tierras y naciones el Océano, en su capacidad y grande amplitud, contuviese. Tornando al propósito cómo el Cristóbal Colon pudiese haber leído por el Platon que de la dicha isla Atlántica parecia puerta y camino para otras islas comarcanas y para la tierra firme, y que desde el mar Bermejo ó Pérsico hubiesen salido navíos á descubrir hácia el Occidente, y los Cartaginenses por estotra parte pasado el estrecho, y el Rey Darío hácia el Oriente y la India, y todos hubiesen hallado el Océano desembarazado y navegable y no hallasen fin á la tierra, razonablemente pudo Cristóbal Colon creer y esperar que aunque aquella grande isla fuese perdida y hundida, quedarian otras, ó al ménos la tierra firme, y que buscando las podria hallar.

CAPITULO IX.

En el cual se ponen algunas auctoridades de Ptolomeo y de Strabo y de Plinio y de Solino, y señaladamente de Aristóteles; que refiere haber los Cartaginenses descubierto cierta tierra, que no parece poder ser otra sino parte de la tierra firme que hoy tenemos hácia el cabo de San Augustin, y de otros navíos de Cádiz que hallaron las hierbas que en la mar cuando vinimos á estas Indias hallamos.

Puesto habemos en los capítulos precedentes muchas razones naturales y otras que parecen á algunos hacer evidencia de que se podía tener por cierto que en el mar Océano, al Poniente y Mediodia, debia de haber tierras habitables, y de hecho estarian pobladas, y que por consiguiente Cristóbal Colon, habiéndolas oido ó leído, ó

que él como era sabio entre sí las imaginaba, confería y disputaba, pudo con razón á este descubrimiento moverse; agora en los siguientes será bien traer para corroboración de lo arriba concluido, algunas y muchas de doctísimos ó irrefragables varones, autoridades y testimonios: y la primera sea de Ptolomeo, el cual en el primer libro, cap. 5.º, de su *Geographia*, expresamente dice, que por la inmensa grandeza de nuestra tierra firme muchas partes de ella no habian venido á nuestra noticia, y tambien otras muchas que no están hoy en el mundo, ó por sus corrupciones ó mutaciones, como estar solian, en lo cual alude y concuerda con lo que en el capítulo antes deste de Platon y Plinio tragimos: *Unas nostri continentis partes (inquit Ptolomeus) ob excessum suae magnitudinis nondum ad nostram pervenisse notitiam; alias autem esse quae nunc aliter quas hactenus sese habent sive ob corruptiones sive ob mutationes*, etc. De aquí pudo colegir Cristóbal Colon, que pues no habia venido á nuestra noticia el cabo y fin de nuestra tierra firme, y ella sabíamos ser muy grande, se podía extender muy adelantado hacia el mar Océano, ó por la parte de Europa ó por la de Asia y de la India, y así dar vuelta y por consiguiente hallar della algunas partes, buscándolas, ó al Poniente ó al Mediodia.

Esto parece más clarificarse por lo que dice Strabo en el primer libro de su *Cosmographia*, conviene á saber, que el Océano cerca toda la tierra y que el Oriente baña la India y al Occidente la España y Mauritania, que es donde agora llamamos Marruecos, tierra de los moros alárabes; y que si la grandeza del Atlántico no lo estorbaba se podría navegar de uno á otro por un mismo paralelo: lo mismo repite en el segundo libro Strabo. Atlántico llama cierto monte altísimo que está abajo de Mauritania, del cual se denomina todo ó mucha parte del mar Océano. Plinio tambien en su libro II, Cap. III, dice, que el Océano cerca toda la tierra y que su longitud de Oriente á Poniente se cuenta desde la India hasta Cáliz, y en el lib. VI, cap. 31, lo dice con Solino en su *Polistor*, cap. 68. Stacio Seboso afirma que de las islas Gorgones, que algunos creen ser las de Cabo Verde, aunque yo dudo mucho dello como abajo parecerá, hay navegacion de cuarenta dias por el mar Atlántico hasta las islas Hespérides, que Cristóbal Colon tuvo por cierto que fueron estas Indias. Aristóteles no calló ansimesmo, en un tratado *De admiran-*

dis in natura auditis, un hecho de los Cartaginenses por el cual queda manifiesta la probable opinion susopuesta; dice así: que unos mercaderes de Cartago acaso descubrieron en el mar Atlántico ó Océano una isla de increíble fertilidad y abundancia de todas las cosas que nacen de la tierra, copiosa de muchos rios por los cuales podia navegarse, remota de la tierra firme camino de muchos dias de navegacion, no habitada de hombres sino de bestias fieras; los cuales, aficionados á su fertilidad, suavidad y clemencia de aires, se quisieran quedar en ella.

Movidos los Cartaginenses con temor que volando la fama de aquella felice tierra á otras naciones, la poblaria otro mayor imperio que el suyo, y así se corroborarian en perjuicio de su libertad, todo el Senado de Cartago hicieron edicto y ley pública, que nadie fuese osado de navegar á ella dende adelante, so pena de muerte; y para que nadie della supiese, mandaron matar todos los que la habian hallado. Todo esto está escripto en aquel tratado en el cual el filósofo, entre otras maravillas, cuenta esta, diciendo así: *Trans Herculis columnas et in eo mari, quod quidem Atlanticum dicitur, inventam quamdam insulam à Carthaginensium mercatoribus olim, fuisse, inquirunt, à nullis ante id tempus prorsus habitatam praeterquam à feris, et propterea silvestrem; quadam admodum multis confertam arboribus, alioquin fluminibus plurimis ad navigandum aptissimis plenam, ac incredibili quadam omnium rerum nascentium, ubertate profluentem, sed remotam à continenti plurimum dierum navigationi. Ad quam cum nonnulli Carthaginensium mercatores forte accessissent, captique ejus fertilitate ac aeris clementia illi sedem fuissent, commotos ob id Carthaginenses ferunt statim consilio publico decrevisse morte indita, ne quis posthac illuc navigare auderet, et qui jam ierat jussisse statim interfici, ne ipsius insula fama perveniret ad alias nationes submittereturque alicui fortiori imperio, ac si fieret quasi oppugnaculum quoddam adversus eorum libertatem*. Lo mismo afirma Diódoro aunque más expresa y elegantemente, lib. VI, cap. 7.º, puesto que dice los Phenices de Cáliz haberla descubierta, pero al cabo parece que hace un cuerpo sólo de Phenices y Cartaginenses, como en la verdad todos hubiesen traído su origen de la famosa ciudad de Tiro, princi-

pal y metrópoli en la provincia de Phenicia.

Entre otras calidades felices que Diódoro pone desta Isla, dice: *Est et aer ibi saluberrimus qui majori ex parte anni fructus ferat: aliaque specie ac decore praestans, ut haec insula non hominum sed deorum diversorum ob ejus felicitatem existimetur*, etc. Destas palabras, parece ser esta, que dice Aristóteles y Diódoro, isla, y que pareció isla á los Cartaginenses que la descubrieron, nuestra tierra firme por aquella parte que llamamos el Cabo de Sant Augustin y del Brasil, que no está más léjos de las islas del Cabo Verde sino obra de 550 leguas al Mediodia, en la cual está el rio del Marañon; de los más poderosos que se cree haber en el mundo, porque se dice tener 50 leguas y más de boca, y 30 leguas se bebe su agua dulce en la mar; dentro del cual se contiene isla de 50 leguas en largo, y se ha descendido y navegado por él abajo 1,800 leguas, como, cuando, si pluguiere á Dios, hablaremos del Perú, parecerá. Otros muchos rios poderosísimos como el rio de la Plata, y el rio Dulce, y el rio de Yuyapari, que salen, el uno cerca de Paria y el otro á la boca del Drago, y el rio Grande, que dicen, cerca de Santa Marta, y el del Darien, y otros grandísimos por los cuales se ha navegado con navíos y bergantines no chicos, y se navega hoy muchas veces, como diremos despues, por toda aquella costa ó playa de mar hay. Y así, dividiendo suficientemente las partes que entonces habia del mundo descubiertas y las que hoy vemos que hay, saliendo aquellos mercaderes de Cartago por el mar Océano, parece ser imposible haber sido la isla que dice Aristóteles otra, sino la que es nuestra tierra firme, mayormente confirmandolo la copia de las arboledas, la fertilidad y felicidad de la tierra, la templanza y clemencia de los aires y suavidad; parecióles isla siendo tierra firme, porque la tierra firme que por firme entonces era estimada, era por una parte Africa y por otra la Europa, y sobre ambas la Asia, y topando á deshora con aquella tierra á la parte del Austro, todos les que la vieran por isla la pudieran estimar.

De hallarla sin gente, pudo ser, ó porque aún entonces no fuese por aquella parte poblada, y quizá de alguna gente que de los descubridores della con sus mujeres (porque así solian por la mar los navegantes andar) en ella hubiese quedado, comenzó á poblarse; como este descubrimiento

haya sido antiquísimo, por ventura ochocientos años ántes y más del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, segun lo que podemos colegir de las antiguas historias, (lo que no es de maravillar, porque aún en tiempo de César Augusto, so cuyo imperio Nuestro Salvador nació, cuando mandó hacer la descripción de todas las gentes, que se hizo en treinta y tres años, segun dice Alberto Magno en el lib. II, distincion tercera, capítulo 1.º, *De natura locorum*, no estaba mucha tierra poblada, la cual, creyendo la gente despues, segun él, se pobló; ó tambien, ya que la dicha tierra ó isla poblada estuviese dentro della, podia haber sido que ellos llegasen á parte donde no fuese tan buen asiento para vivir cómodamente la gente por algunos inconvenientes, y así no viesen á los moradores della ni los moradores á los Cartaginenses. Pone Aristóteles tambien en el mismo tratado una cosa, por maravillosa, que no es poco de notar, conviene á saber, que ciertos navíos de Cáliz salidos al mar Océano, forzados con viento subsolano, que es oriental, fueron á parar á ciertas regiones de la mar donde hallaron la mar cuajada de ovas y hierbas que parecian islas anegadas, y que hallaron infinito número de atunes, los cuales ó fueron atunes, ó toninas, ó delfines, que por aqueste mar Océano hay muchas. Estas son las hierbas y ovas que halló Cristóbal Colon en el primer viaje, y hallamos cuando venimos á estas Indias; de lo cual parece claro que aquellos llegaron por estas mares, aunque no llegasen á estas tierras. Así que leyendo el Colon el dicho tratado de Aristóteles, si á sus manos vino, fácil cosa fué persuadirse á tener por cierto haber tierras pobladas en este mar, y por consiguiente ser movido á procurar el dicho descubrimiento.

CAPITULO X.

En el cual se trata de cómo la Providencia divina nunca consiente venir cosas señaladas para bien del mundo, ni permite para castigo del, sin que primero, ó por sus siervos los Sanctos, ó por otras personas, aunque sean infieles y malas, y algunas veces por los demonios, las pronuncien y antedigan que ellas acaezcan.—Ponense una autoridad de Séneca que parece verdadera y expresa profecía, y otra de Sant Ambrosio del descubrimiento destas Indias.—Quién fué Tiphis, el que inventó la primera nao.

Allende las susodichas autoridades hay otra de Séneca, no poco admirable, para

declaracion de la cual es de notar, primero, que si bien las Escrituras divinas y humanas, que hablan de las cosas señaladas en el mundo acaecidas, consideramos, nunca hallaremos que se hicieron cosas grandes, ó para bien del mundo, ó para castigo suyo, que mucho ántes ó por boca de sus siervos y amigos los Sanctos profetas, ó de sus enemigos, como las habia entre los gentiles, no ordenase que ó oscura ó claramente lo que habia de acaecer se anunciase ó predijese. Desto están llenas las divinas Escrituras ó historias, como parece en el universal Diluvio por Noé, y en la sumersion y hundimiento de las cinco ciudades de Sodoma por Abraham; y en los libros de los Reyes, por los profetas, las adversidades y tambien las prosperidades que al pueblo de los judíos por la divinal ordinaçion habian de venir; y la redencion misericordiosa del linaje humano con la venida del Hijo de Dios, no solo por los profetas, pero tambien por las Sibillas que eran gentiles y infieles que hablaron del nacimiento, predicacion, pasion, resurreccion y vuelta al universal juicio del Redemptor, ordenó que mucho ántes fuese dicha, denunciada y manifestada: lo mismo podriamos traer en ejemplo, si quisiésemos detenernos en muchos casos tocantes á lugares y gentes y ciudades ménos universales.

Esta órden muchas veces quiso ansimismo la Providencia divina permitir, unas veces para castigo y pena de los infieles que entre ellos hubiese, y otras veces para utilidad y conveniencia y gobernacion de los reinos, y así del mundo, permitiendo que los teólogos, hechiceros y adivinos, y los mismos demonios, respondieran en sus oráculos á los idólatras, de las cosas por venir adversas ó prósperas, ciertos responsos. Desto tracta largamente Sant Augustin en los libros *De civitate Dei*, é Eusebio en los libros *De evangelica preparatione*. Así por esta manera parece haber querido nuestro señor, que como el descubrimiento deste nuevo indiano mundo fuese una de las grandes y misericordiosas y no meros justas obras que, para bien de sus predestinados, aunque tambien para juicio y ofendiculo de los pecados, y que habian de ser condenados, determinara hacer, Séneca, hombre gentil é infiel [puesto que hay buenos indicios de su conversion, por hallar cartas escriptas dél á Sant Pablo y de Sant Pablo á él, y haber habido entre sí secreta conversacion] profetizase y dijese harto claramente, quasi mil cuatrocientos veinte

años ántes, haber de descubrirse aqueste orbe. El cual en la tragedia 7^a, que se dice Medea, coro 2^o, cerca del fin, [si él las hizo porque algunos quieren decir que las compuso cierto sobrino suyo, del mismo nombre] dice así:

*Venient annis secula seris,
quibus Oceanus vincula rerum
lacet, et ingens pateat tellus,
Tiphisque novos detegat orbés,
nec sit terrarum ultima Thile.*

Para que entiendan estos versos los que no han leído mucho de historias, dos cosas deben presuponer: la primera que antiguamente la isla de Thile, que está en el Océano desá parte de la Noruega, entré el Setentrion y el Poniente, como arriba en el capítulo 3^o algo apuntamos, fué tenida por la última de todas las tierras que en aquellos tiempos se sabian, como parece por Ptolomeo, lib. II, cap. 3, y por Strabon, lib. III, despues del principio, y por Plinio, lib. II, cap. 77, y Solino, cap. 25, y Pomponio Mela, lib. III, cap. 6, y Sant Isidoro, lib. XIV, cap. 6 de las "Etimologías," y Boecio de Consolacion, lib. III, metro 5:

Tellus tua jura eremiseat, et serviat ultima Thile.

La segunda que Tiphis fué el primero que hizo navío ó nao para navegar, ó el primero que inventó sus aparejos para navegar, mayormente el gubernario ó el arte de gobernar, tomando, diz que, ejemplo de las cuelas de los milanos, por las cuales parece que á sí mismos guían ó gobiernan, como podrá ver quien quisiere mirar en ello; enseñando la naturaleza, por las aves en el aire, lo que los hombres por el agua debian hacer para se guiar. Así lo dice Plinio, lib. X, cap. 10, hablando dello: *Videntur artem gubernandi cauda flexibus in caelo monstrante natura, quod opus esset in profundo.* De Tiphis, dice Séneca en la misma tragedia:

*Quaeque dormitorem freti Tiphin,
novam formare docuisti navem.*

Enseñaste [dice á la naturaleza] á hacer las naos á Tiphis, domador del agua. Y Virgilio hace tambien memoria dél en la égloga 4^a; y Ovidio:

Tiphis in aemonia puppe magister erat.

CAPITULO XI.

En el cual se trae auctoridad de Pedro de Aliaco Cardenal, gran teólogo, filósofo, matemático, astrólogo, cosmógrafo, la cual mucho movió con eficacia á Cristóbal Colon y lo confirmó en todo lo pasado.—Dónde incidentemente se toca que España se extendia hasta lo que agora se dice Africa, y llegaba al monte Atlántico, porque antiguamente era toda tierra continua y no habia estrecho de agua donde ahora es el de Gibraltar. Traidas auctoridades de los antiguos filósofos y cosmógrafos é historiadores, que por su auctoridad é razones que traian Cristóbal Colon les pudo dar crédito, con justa razon, para ofrecerse á tomar cargo de aquesta su nueva y arduísima empresa, ó á proseguir la vieja que otros en querer descubrir antiguamente tuvieron, resta por traer las auctoridades de modernos autores, y que últimamente le perficionaron su propósito y se determinó como si ya hobiera venido y visto estas tierras con tal certidumbre á venir á buscarlas. Lo primero es lo que Pedro de Aliaco, Cardenal, que en los modernos tiempos fué, en filosofía, astrología y cosmographia doctísimo, cancelario de Paris, maestro de Juan Gerson y hallóse en el Concilio de Constancia por el año de 1416 (segun Juan Tritthenio en el libro *De scriptoribus ecclesiasticis*.) dice en sus libros de astrología y cosmographia, y este doctor creo cierto que á Cristóbal Colon más entre los pasados movió á su negocio; el libro del cual fué tan familiar á Cristóbal Colon, que todo lo tenia por las márgenes de su mano y en latin notado y rubricado, poniendo allí muchas cosas que de otros leia y cogia. Este libro muy viejo tuve yo muchas veces en mis manos, de donde saqué algunas cosas escritas en latin por el dicho Almirante Cristóbal Colon, que despues fué, para averiguar algunos puntos pertenecientes á esta historia, de que yo ántes áun estaba dudoso. Dice, pues, Pedro de Aliaco en el tractado *De imagine mundi*, en el cap. 8^o, *De quantitate habitabili*, y en el cap. 19 de su *Cosmographia*, y en otras partes de sus tractados, alegando á Aristóteles, que no es mucha mar del fin de España, por la parte del Occidente, al principio de la India, por la parte de Oriente; y llama el fin de España al fin de Africa, porque lo que agora se llama Africa se llamaba y era España. La razon de esto da el mismo Aliaco en

el cap. 31 *De imagine mundi*, donde describe á España y á sus partes, porque antiguamente no había estrecho de agua entre lo que agora se llama Gibraltar y lo que Africa se llamaba, sino todo era tierra continua hasta lo que agora se dice Africa, pero el mar Oceano, comiendo y gastando lo profundo é íntimo de la tierra, juntóse con el mar de Levante, Tirreno, ó Mediterráneo, y así se hizo el estrecho que dicen de Gibraltar, puesto que los poetas fingían que Hércules lo abrió y que este fué uno de sus trabajos, y las columnas de Hércules fueron, desta parte de España la una, y esta era el monte Calpe, donde ahora está Gibraltar, y de la otra de Africa era la otra columna, el monte Abila, altísimo, que está frontero del de Gibraltar, que es en Mauritania ó Marruecos. Por manera que aquellas provincias que están de la otra parte del estrecho, que agora son de Africa, como son Marruecos, y Tánjar, y Arcila, que agora tienen los portugueses, eran provincias de España, las cuales propiamente nombran los antiguos. España la ulterior, y desta España dice Aliaco, que hablan Plinio y Orosio ó Isidoro, y así á este propósito dice Aliaco más en el cap. 19 de su *Cosmographia*, que segun los filósofos y Plinio, el mar Oceano, el cual se extiende entre el fin de España la ulterior, conviene á saber, de Africa por la parte del Occidente, y el principio de la India por la parte del Oriente, no es gran latitud, porque experiencia, dice él, hay que aquel mar sea navegable en muy pocos dias si el viento fuese tal cual conviniere. Y por tanto, aquel principio de la India en el Oriente no puede mucho distar ó estar lejos del fin de Africa (que se dijo antiguamente ser España) debajo de la tierra, conviene á saber, debajo de la mitad de la tierra, etc. estas son sus palabras.

Trae tambien el filósofo en el fin del segundo libro *De caelo et mundo*, que dice que de las Indias se puede pasar á Cáliz en pocos dias, y lo mismo afirma su comentador Alli Averroiz. Alega eso mismo á Séneca en el primero de los "Naturales," donde dice que de los fines últimos de España se puede navegar en pocos dias con viento conveniente hasta las Indias; y en el cap. 5º, refiriendo la grandeza de la India, dice que la India es grande en gran manera, porque segun Plinio en el sexto libro de su natural historia, ella sola es la tercera parte de la tierra habitable, y tiene

ciento y diez y ocho naciones; la frente della meridiana llega al trópico de Capricornio por la region de Pathal y de las tierras vecinas, las cuales cerca el brazo grande de la mar que descende del mar Oceano que es entre la India y España interior ó ulterior ó Africa, como arriba dicho se há. El lado Meridiano de la India descende del trópico de Capricornio y corta la equinoccial cerca del Monte Maleo y las regiones comarcanas; y en medio de la equinoccial está la ciudad que se llama Arim, la cual dista igualmente del Oriente y Occidente, Septentrion y Meridiodia, etc. De aquí arguye Aliaco ser falso lo que la vulgar opinion tiene que Hierusalem esté en medio de la tierra, porque hablando *simpliciter* no está Hierusalem en medio de la tierra habitable, sino que es en quasi medio de los climas, conviene á saber, en el cuarto, como dice Aliaco en el cap. 9º, hablando de los climas. Así que tornado al propósito, visto lo que Aliaco decía y las razones y autoridades que trae, llegóse muy propiamente Cristóbal Colón y quasi ya del todo á determinarse; pero porque aun Nuestro Señor á quien en esto siempre tuvo por favorable, y á que del todo tuviese indubitable noticia de lo que le quería encomendar le ayudaba, quiso depararle otras ocasiones y adminículos para que más se certificase. Diremos en los siguientes capítulos lo que segun la ordenacion divina para lo dicho le restaba.

CAPITULO XII.

El cual contiene dos cartas muy notables que escribió un maestro Paulo, florentin, á Cristóbal Colón, informándole de las otras cosas admirables que había en Oriente, y cómo por el Occidente podia llegarse allá y descubrir los reinos felicísimos del Gran Khan, que quiere decir, Rey de los Reyes, y de una carta de marear que le envió de la provincia de Cipango, etc.

El segundo testimonio que Dios quiso deparar á Cristóbal Colón, para más aprieta esforzarle y aficionarle á su negocio, fué, que un maestro Paulo, físico, florentin, siendo muy amigo de un canónigo de Lisboa, que se llamaba Hernan Martínez y carteándose ambos en cosas de la mar y de cosmografía, mayormente sobre la navegacion que á la sazón, en tiempo del Rey D. Alonso de Portugal, para Guinea se

hacia, y la que más ó por mejor vía se deseaba hacer á las regiones marímeras ó terrenas occidentales, vino á noticia de Cristóbal Colón algo de sus cartas, y materia de que tractaban. El cual, como estaba muy encendido con sus pensamientos en aquella especulacion y andaba por ponerla en práctica, acordó de escribir al dicho Marco Paulo, físico, y envióle una esfera, tomando por medio á un Lorenzo Birardo, ansimismo florentino, que á la sazón ó vivía ó residía en Lisboa, descubriendo al dicho maestro Paulo la intencion que tenía y deseaba poder cumplir. Recibida la carta de Cristóbal Colón, el dicho maestro Paulo, respondióle una carta en latin, incorporando la que había escripto al Hernando Martínez, canónigo, la cual yo vido y tuve en mi mano vuelta de latin en romance, que decía desta manera:

"A. Cristóbal Colombo, Paulo, físico, salud. Yo veo el magnífico y grande tu deseo para haber de pasar adonde nace la especiería, y por respuesta de tu carta te envío el traslado de otra carta que há dias yo escribí á un amigo y familiar del Serenísimo Rey de Portugal, ántes de las guerras de Castilla, á respuesta de otra que por comision de S. A. me escribió sobre el dicho caso, y te envío otra tal carta de marear, como es la que yo le envié, por la cual serás satisfecho de tus demandas, cuyo traslado es el que se sigue."

Mucho placer hobe de saber la prianza y familiaridad que tienes con vuestro generosísimo y magníficísimo Rey, y bien que otras muchas veces tenga dicho el muy breve camino que hay de aquí á las Indias, adonde nace la especiería, por el camino de la mar mas corto que aquel que vosotros hacéis para Guinea, dícesme que quiere agora S. A. de mí alguna declaración y á ojo demonstracion, porque se entienda y se pueda tomar el dicho camino; y aunque conozco de mí que se lo puedo mostrar en forma de esfera como está en el mundo, determiné por mas fácil obra y mayor inteligencia mostrar el dicho camino por una carta semejante á aquellas que se hacen para navegar, y así la envié á S. M. hecha y dibujada de mi mano; en la cual está pintado todo el fin del Poniente, tomando desde Irlanda al Austro hasta el fin de Guinea, con todas las islas que en este camino son, en frente de las cuales derecho por Poniente está pintado el comienzo de las Indias con las islas y los lugares adonde podeis desviar por la línea equinoccial,

y por cuánto espacio es á saber, en cuántas leguas podeis llegar á aquellos lugares fertilísimos y de toda manera de especiería y de joyas y piedras preciosas, y no tengáis á maravilla si yo llamo Poniente adonde nace la especiería, porque en comun se dice que nace en Levante, mas quien navegare al Poniente siempre hallará las dichas partidas en Poniente, é quien fuere por tierra en Levante siempre hallará las mismas partidas en Levante. Las rayas derachas que están en luengo en la dicha carta muestran la distancia que es de Poniente á Levante; las otras que son de través amuestran la distancia que es de Septentrion en Austro. Tambien yo pinté en la dicha carta muchos lugares en las partes de India, adonde se podría acontecer algún caso de tormenta ó de vientos contrarios ó cualquier otro caso que no se esperase acontecer, y tambien porqué se sepa bien de todas aquellas partidas, de que debeis holgar mucho, habiendo laus el

"Y sabed que en todas aquellas islas no viven ni tractan sino mercaderes, avitándolos que allí hay tan gran cantidad de naos, marineros, mercaderes con mercaderías, como en todo lo otro del mundo, y en especial en un puerto nobilísimo llamado Zaiton, do cargan y descargan cada año 100 naos grandes de pimienta, allende las otras muchas naos que cargan las otras especírias. Esta patria es populatísima; y en ella hay muchas provincias y muchos rios y ciudades sin cuento debajo del señorio de un Principe que se llama Gran Khan, el cual nombre quiere decir en nuestro romance, Rey de los Reyes, el asiento del cual es lo mas del tiempo en la provincia de Catayo. Sus antecesores desearon mucho de haber plática é conversacion con cristianos, y habrá doscientos años que envían al Sancto Padre, para que enviase muchos sabios é doctores que les enseñasen nuestra fe, mas aquellos que él envió, por impedimento, se volvieron del camino; y tambien al Papa Eugenio vino un embajador que le contaba la grande amistad que ellos tienen con cristianos, é yo hablé mucho con él é de muchas cosas é de las grandezas de los edificios reales, y de la grandeza de los rios en ancho y en largo, cosa maravillosa, é de la muchedumbre de las ciudades que son allá á la orilla dellas, é cómo solamente en un rio son doscientas ciudades, y hay puentes de piedra mármol muy anchas y muy largas adornadas de muchas columnas de piedra mármol. Esta patria

es digna cuanto nunca se haya hallado, é no solamente se pueda haber en ella grandísimas ganancias é muchas cosas, mas aún se puede haber oro é plata é piedras preciosas é de todas maneras de especiería, en gran suma, de la cual nunca se trae á estas nuestras partes; y es verdad que hombres sabios y doctos, filósofos y astrólogos, y otros grandes sabios, en todas artes de grande ingenio, gobiernan la magnífica provincia é ordenan las batallas. Y de la ciudad de Lisboa, en derecho por el Poniente, son en la dicha carta 26 espacios, y en cada uno de ellos hay 250 millas hasta la nobilísima y gran ciudad de Quisay, la cual tiene al cerco 100 millas que son 25 leguas, en la cual son 10 puentes de piedra mármol. El nombre de la cual ciudad, en nuestro romance, quiere decir Ciudad del cielo, de la cual se cuentan cosas maravillosas de la grandeza de los edificios y de las rentas (este espacio es casi la tercera parte de la esfera), la cual ciudad es, en la provincia de Mangó, vecina de la ciudad del Catayo, en la cual está lo mas del tiempo el Rey, é de la isla de Antil, la que vosotros llamáis de Siete Ciudades, de la cual tenemos noticia. Hasta la nobilísima isla de Cipango hay 10 espacios que son 2,500 millas, es á saber, 225 leguas, la cual isla es fertilísima de oro y de perlas y piedras preciosas. Sabed que de oro puro cobijan los templos y las casas reales; así que por no ser conocido el camino ella se puede ir muy seguramente. Muchas otras cosas se podrían decir, mas como os tenga ya dicho por palabra y sois de buena consideración, sé que no vos queda por entender, y por tanto no me alargó mas, y esto sea por satisfacción de tus demandas quanto á brevedad del tiempo y mis ocupaciones me han dado lugar, y así quise muy presto á satisfacer y servir á S. A. quanto mandare muy largamente. Fecha en la ciudad de Florencia á 25 de Junio de 1474 años.

Después desta carta tornó el mismo otra vez á escribir á Cristóbal Colon en la manera siguiente:

A Cristóbal Colombo, Paulo, físico, salud: Yo recibí tus cartas con las cosas que me enviaste; y con ellas recibí gran merced. Yo veo el tu deseo magnífico y grande á navegar en las partes de Levante por las de Poniente, como por la carta que yo te envío se muestra, la cual se mostrará mejor en forma de esfera redonda, pláceme mucho sea bien entendida; y que es el

dicho viaje no solamente posible, mas que es verdadero y cierto é de honra é ganancia inestimable y de grandísima fama entre todos los cristianos. Mas vos no lo podréis bien conocer perfectamente, salvo con la experiencia ó con la práctica, como yo la he tenido copiosísima, é buena é verdadera información de hombres magníficos y de grande saber, que son venidos de las dichas partidas aquí en corte de Roma, y de otros mercaderes que han tractado mucho tiempo en aquellas partes hombres de mucha auctoridad. Así que cuando se hará el dicho viaje será á reinos poderosos é ciudades é provincias nobilísimas, riquísimas de todas maneras de cosas en grande abundancia y á nosotros mucho necesarias, así como de todas maneras de especiería en gran suma y de joyas en grandísima abundancia. También se irá á los dichos Reyes y Príncipes que están muy ganosos, más que nos, de haber tracto é lengua con cristianos destas nuestras partes, porque grande parte dellos son cristianos, y también por haber lengua y tracto con los hombres sabios y de ingenio de acá, así en la religion como en todas las otras ciencias, por la gran fama de los imperios y regimientos que han destas mismas partes; por las cuales cosas todas y otras muchas que se podrían decir, no me maravillo que tú que eres de grande corazón, y toda la nación de portugueses, que han sido siempre hombres generosos en todas grandes empresas, te vea con el corazón encendido y gran deseo de poner en obra el dicho viaje.

Esto es lo que contenía la carta de Marco Paulo, físico, en la cual erraba algo diciendo, ó dando á entender en ella, que la primera tierra que se habla de topar había de ser la tierra del Gran Khan; lo cual creyó ser así Cristóbal Colon; y por esto pidió á los Reyes que le diesen sus cartas para el Gran Khan, puesto que Paulo, físico, se engañó creyendo que la primera tierra que había de hallar había de ser los reinos del Gran Khan, como abajo parecerá la carta de marear que le envió, yo que esta historia escribo, tengo en mi poder y de ella se hará una mención abajo. Mucho áunfo le puso con ella, y si no supiera mas por ella y por las cosas de suso traídas, sin duda del todo se moviera; y así creyó que el dicho viaje sobre esta carta fraudó; pero aún más se lo quiso hacer, si no se le aclaró, como se verá en el

CAPITULO XIII

En el qual se contienen muchos y diversos indicios y señales que por diversas personas Cristóbal Colon era informado, que le hicieron certísimo de haber tierra en questo mar Océano hacia esta parte del Poniente, y entre ellos fué haber visto en los Azores algunos palos labrados, y una canoa, y dos cuerpos de hombres que los traía la mar y viento de hacia Poniente. Hácese mención de la tierra de los Bacallanos y de la isla de Antilla y Siete Ciudades, etc.

De todas partes y por muchas maneras daba Dios motivos y causas á Cristóbal Colon para que no dudase de acometer tan grande hazaña, y por ella se pusiese á tan incalificables trabajos como en ella padeció, sin las razones y auctoridades tan claras que arriba se han referido, que lo movían y pudieran mover harto suficientemente algunas dellas; pero porque Dios via quizá en él alguna remisión y temor de ponerse en cosa tan árdua y no del todo haberse persuadido, dióle otras de experiencia mas palpables, quasi dándole á entender que si aquellas de tantos sabios no le bastaban, las señales y experiencias vistas por los ojos de los idiotas, como echándose las delante para que en ellas tropezase, bastasen á lo mover. Dice, pues, Cristóbal Colon entre otras cosas que puso en sus libros por escrito, que hablando con hombres de la mar, personas diversas que navegaban las mares de Occidente, mayormente á las islas de los Azores y de la Madera, entre otras le dijo un piloto del rey de Portugal, que se llamaba Martin Vicente, que hallándose una vez 450 leguas al Poniente del Cabo de San Vicente, vido y cogió en el navio, en el mar, un pedazo de madero labrado por artificio, y á lo que juzgaba, no con hierro, de lo cual y por haber muchos dias ventado vientos Ponientes, imaginaba que aquel palo venia de alguna isla ó islas que hacía el Poniente hoviese.

También otro que se nombró Pero Correa, conuño del mismo Cristóbal Colon, casado con la hermana de su mujer, le certificó que en la isla del Puerto Sancto había visto otro madero venido con los mismos vientos y labrado de la misma forma, é que también había visto cañas muy gruesas, que en un cañuto dellas pudieran caber tres azumbres de agua ó de vino; y esto mismo dice Cristóbal Colon que oyó afirmar al Rey de Portugal, hablando con él

en estas materias, y que el Rey se las mandó mostrar. El qual tuvo por cierto (digo el Cristóbal Colon) ser las dichas cañas de algunas islas ó isla que no estaba muy lejos, ó traídas de la India con el ímpetu del viento y de la mar, pues en todas nuestras partes de la Europa no las había, ó no se sabía que las hubiese semejantes. Ayudábase á esta creencia que Ptolomeo, en el lib. I, cap. 27 de su *Cosmographia*, dice que en la India se hallaban de aquellas cañas. Item, por algunos de los vecinos de las islas de los Azores, era certificado Cristóbal Colon que ventado vientos recios Ponientes y Noruestes, traía la mar algunos pinos y los echaba en aquellas islas, en la costa, en especial en la isla Graciosa y en la del Fayal, no habiendo por parte alguna de aquellas islas donde se hallase pino. Otros le dijeron que en la isla de las Flores, que es una de los Azores, había echado la mar dos cuerpos de hombres muertos, que parecían tener las caras muy anchas y de otro gesto que tienen los cristianos; otra vez, diz, que en el Cabo de la Verga, que es en (1), y por aquella comarca, se vieron almadías ó canoas con casa movediza, las cuales por ventura, pasando de una isla á otra, ó de un lugar á otro, la fuerza de los vientos y mar las echó donde no pudiendo tornar los que las traían, perecieron, y ellas, como nunca jamás se hundieron, vinieron á parar por tiempo á los Azores. Asimismo un Antonio Leme, casado en la Isla de la Madera, le certificó, que habiendo una vez corrido con una su carabela buen trecho al Poniente, había visto tres islas cerca de donde andaba, que fuese verdad ó no, al menos diz que mucho se sonaba por el vulgo común, mayormente en las islas de la Gomera y del Hierro, y de los Azores muchos lo afirmaban y lo juraban, ver cada año algunas islas hacia la parte del Poniente.

A esto decía Cristóbal Colon, que podían ser aquellas islas de las que trata Plinio, lib. II, cap. 97 de su *Natural Historia*, que hacía la parte del Septentrion socaba la mar algunas arboledas de la tierra, que tienen tan grandes raíces que las lleva como balsas sobre el agua que desde lejos parecen islas. Ayuda á esto lo que dice Séneca en el lib. III de *Los Naturales*, que hay natura de piedras tan esponjosas y livianas, que hacen dellas en la India unas como islas que van nadando por el agua; y

(1) Está en blanco en el original.